

DISCURSO

LEÍDO

EN LA SOLEMNE INAUGURACIÓN

DEL

INSTITUTO MUNICIPAL DE HIGIENE

DE ALCOY

FOR EL

DR. D. MANUEL CANDELA Y PLÁ

*Catedrático de la Facultad de Medicina
en la Universidad de Valencia.*

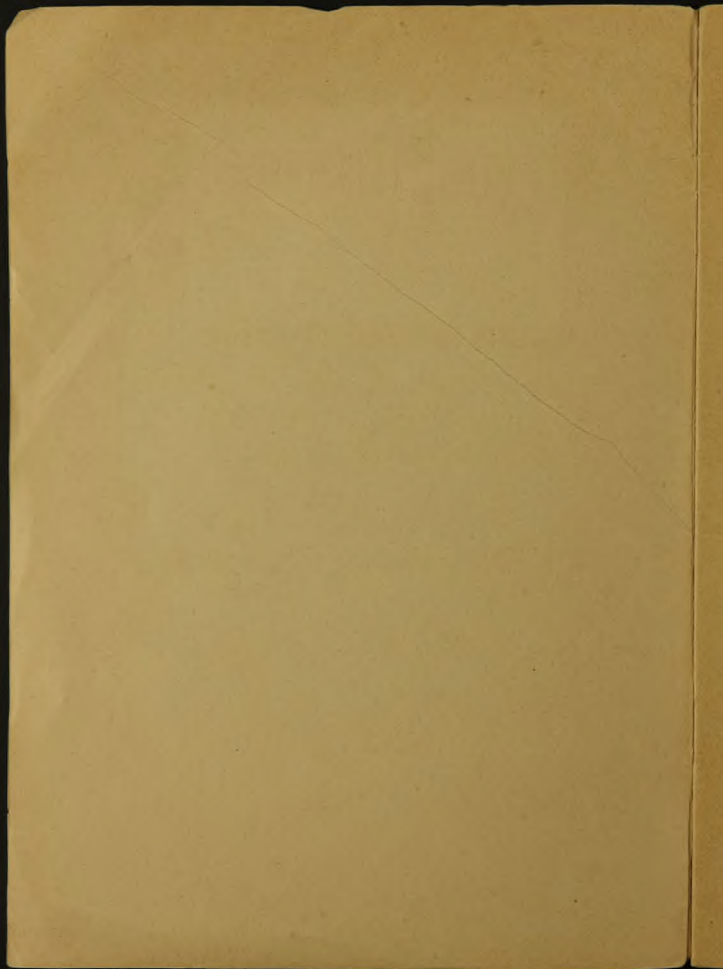
ABRIL 1901

VALENCIA—1901

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DOMENECH

Mar. 65

55



613
CAN
255



DISCURSO

LEIDO

EN LA SOLEMNE INAUGURACIÓN

DEL

INSTITUTO MUNICIPAL DE HIGIENE

DE ALCOY

FOR EL

DR. D. MANUEL CANDELA Y PLÁ

*Catedrático de la Facultad de Medicina
en la Universidad de Valencia.*

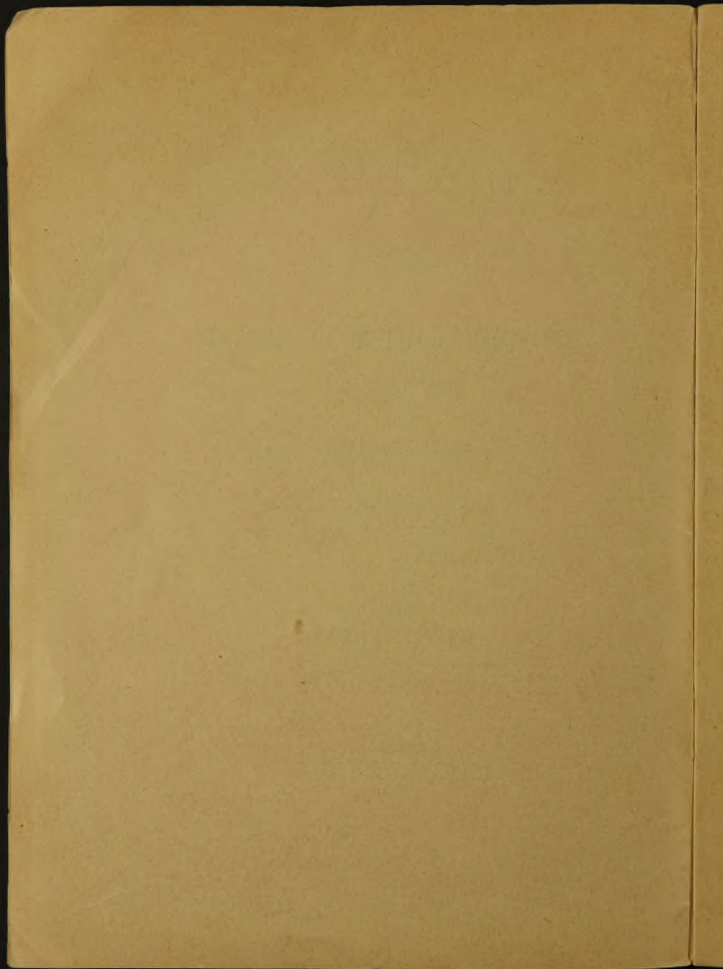
ABRIL 1901

VALENCIA-1901

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DOMENECH

Mar. 65

R. 23. 255

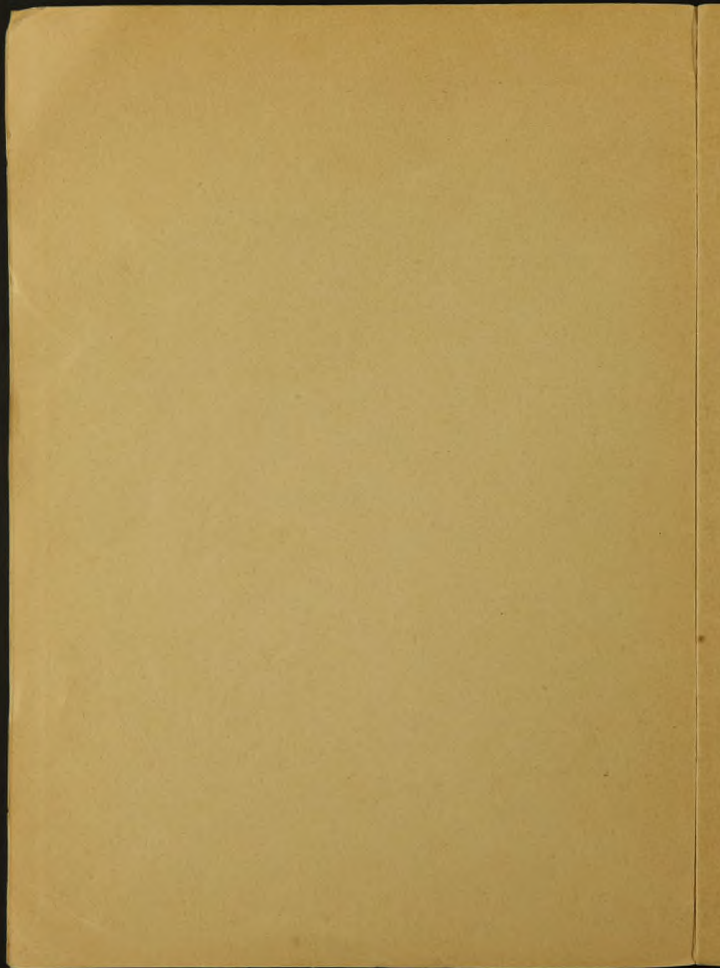




Al ilustrado cuerpo médico de la ciudad de Alcaz:

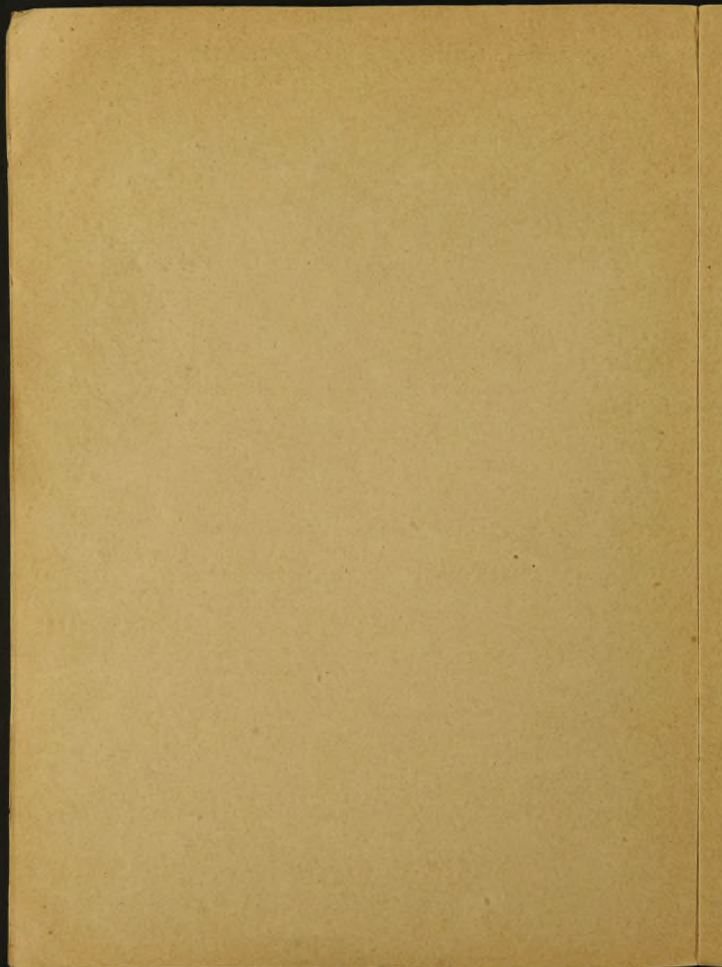
*Homenaje de sincera amistad
y afectuoso compañerismo de*

M. Candela.





"Importancia social de la Higiene y de
sus Institutos Municipales."





Excmo. Sr.:

Señoras y Señores:

NUNCA las inspiraciones del afecto y del cariño fueron las mejores consejeras en decisiones tan delicadas como el acuerdo unánime de este Excelentísimo Municipio, que no sabré nunca agradecer bastante, para que tan sin títulos ni aptitudes ocupara yo esta tribuna en velada tan solemne y en ocasión tan memorable para la Muy Leal Ciudad de Alcoy.

Por eso deberéis resignaros, puesto que no anduvisteis acertados al otorgarme tan señalada merced, y habréis de perdonar la culpa de mi aceptación, ya que tengo la sinceridad de confesarla.

Pero he de seros ingenuo; me sugestionó la idea de verme aquí, rodeado de amigos queridísimos, en medio de un pueblo consagrado al trabajo, en cuyas entrañas palpitan todos los anhelos del progreso humano, en cuyo ambiente se respiran todas las ansias de los grandes pueblos hacia los ideales de la vida moderna. ¿Y por qué no decirlo? Me tentaron también vuestros halagos, los atractivos de vuestros festejos, en toda España celebrados, los agasajos de vuestro espléndido hospedaje, los transportes de vuestro contagioso entusiasmo en estas célebres jornadas, y acaricié la ilusión de ser uno de vosotros, de confundirme con esas muchedumbres delirantes, enardecidas con el fragor de sus cristianos simulacros, abriendo su pecho á todos los amores y á todas las esperanzas... Que como la naturaleza parece despertar de su letargo invernal con el estallar de las yemas y el entreabrir de los capullos y el difundirse de los efluvios primaverales que embalsaman el espacio y exaltan los sentidos, así vuestro pueblo, no pudiendo contener la exuberancia de sus energías, acumuladas durante el año de incesante y silencioso laboreo, exalta periódicamente su carácter, sus aptitudes y su genio artístico, embriagándose en los estallidos de su satisfacción y de su júbilo, y saturando el espacio con el voluptuoso perfume de vuestras famosas fiestas seculares.

Y sobre todo, señores, regocijábame mi espíritu, que hace años contrajo purísimas nupcias con la ciencia; congratulábame yo, que constantemente consagré á esta soberana de la inteligencia el holocausto



de los más ardientes afanes de mi juventud y los más caldeados entusiasmos de la edad madura; congratulábame, repito, de ocasión tan propicia como la que me ofrecísteis para rendirla aquí una vez más pleitesía de adoración profunda; siendo ante vosotros y ante vuestra provincia y ante España entera el afortunado heraldo de una buena nueva que ha de llenar de santa alegría á cuantos se interesen por la resurrección de la madre patria.

Porque, sabedlo de una vez, señores, los que habéis venido aquí esta noche sin conocer toda la trascendencia de este acto; el acontecimiento que la ciudad de Alcoy celebra en estos momentos con la inauguración de su Instituto Municipal de Higiene, es de los que con piedra blanca deben señalarse en la vida de los pueblos; porque, como el humo de vuestras ingentes chimeneas indica al forastero en esta noble tierra la vertiginosa actividad de vuestras fábricas y telares, la manifestación pública que hacéis esta noche, os acredita como uno de los pueblos españoles que van á la vanguardia de su regeneración.

Con vuestros propios esfuerzos habéis realizado una empresa grandiosa. Habéis creado un establecimiento de Higiene modelo, del que aun carecen la inmensa mayoría de las capitales de provincia de España; y cuando la fama de esta manifestación, transmitida por las corrientes eléctricas, llegue á todos los ámbitos de la península, seréis ejemplo eximio que imitar y mereceréis bien de la patria; y más que por los famosos productos de vuestras fábricas, más que por vuestro celebrado genio industrial, más que por

el codiciado secreto de vuestros tejidos, sin rival en el mundo, seréis admirados por el testimonio de extraordinaria cultura que habéis dado levantando un templo á la Ciencia y un tabernáculo al Arte, sin el que la vida de los pueblos modernos no se concibe.

¿Juzgáis acaso exageradas ó sobrado lisonjeras mis frases? Prestadme unos momentos vuestra atención, porque sin darme cuenta de ello vibró en mi cerebro la idea y asomó á mis labios el pensamiento que debe informar este desaliñado discurso para revelaros toda la trascendencia de vuestra obra y toda la verdad de mis elogios. Voy á ocuparme, pues, de la *Importancia social de la higiene y de sus Institutos municipales*.

..

El pueblo griego, cuya exaltada imaginación no podía concebir más que como dones del cielo la salud y robustez del individuo y el vigor y la energía de las razas, depositó en los altares de la diosa Higiea las ofrendas de su culto. Y aquella diosa inmortal hija del divino Esculapio, la deidad de faz sonriente y mirada plácida, derramaba su copa de oro repleta de salud sobre aquel pueblo de artistas y de atletas, tan apto para excitar el entusiasmo de las muchedumbres del estadio en los juegos olímpicos de Atenas, como para forjar leyendas homéricas en los campos de Maratón y de Platea.



Pero el simbolismo de la deidad pagana no podía permanecer mucho tiempo oculto sin revelarse á la inteligencia humana, y metamorfoseándose en la historia de los pueblos, según las leyes del tiempo y del espacio, llegó hasta nosotros como el arte más trascendental y soberano de la vida de las naciones.

Aparte de Moisés, quien en su admirable Éxodo reveló á los pueblos de occidente el secreto que arrancara á las fastuosas civilizaciones orientales, la legislación de Licurgo y las ya sorprendentes doctrinas de Hipócrates y de Galeno, hubieran difundido por todos los pueblos latinos la verdad imperiosa de la higiene si las nieblas condensadas en la Edad Media con la invasión de los bárbaros y el ascetismo cristiano, en lucha desesperada con las liviandades del paganismo moribundo, no hubiera producido un retroceso lamentable tan grande, como el juzgar caminos de virtud el ayuno y la abstinencia exagerada, santidad el matar, con detrimento del organismo, los más naturales instintos de la carne, y pecaminoso el contacto del agua con el cuerpo.

Con la alborada del renacimiento surgió de nuevo de su letargo la higiene en Europa, y los trabajos y obras notables de Paracelso, Sylvio, Cornaro, Sennert, Riolano y Santorio prepararon los materiales para la brillante explosión que habían de tener las ideas y las prácticas higiénicas en la época moderna. Los nombres de Fonsagrives, Arnould y Proust en Francia; los de Hirt, Niemeyer y Rosenthal en Alemania; los de Camerón, Parker y Bueh en Inglaterra; y los de Matezarra en Italia, y Monlau en España, figuran en

los anales de las ciencias médicas como otros tantos gloriosos obreros del Arte higiénico moderno.

A tan prodigiosa altura lo elevaron, que hoy día la higiene constituye la primera necesidad social de los pueblos cultos.

Nunca como en el estado actual de la ciencia, se comprendió la inmensa trascendencia sociológica del célebre lema de Juvenal *mens sana in corpore sano*, como ideal suspirado del equilibrio psíquico-orgánico en que deben vivir los individuos y los pueblos; porque sin la higiene y sus factores salud y vigor corporal, son imposibles las grandes inteligencias y las grandes voluntades; puede afirmarse, sin peligro de ser desmentidos, que el nivel de cultura y de civilización de los pueblos puede graduarse por el desarrollo de su higiene.

Nacido el hombre civilizado con escasos medios naturales de defensa contra las potencias de destrucción que por doquier combaten su endeble organismo, ¿qué sería de él si las prácticas de la higiene no le amparasen en los brazos de su madre y no le siguieran paso á paso en el camino de la vida hasta que, por la transgresión ó defecto de las mismas en la inmensa mayoría de los casos, le sobrevienen la enfermedad y la muerte?

¿Quién como la higiene puede dictar leyes para que la habitación del hombre sea sana y sus vestidos le protejan convenientemente de influencias atmosféricas, según la estación y los climas, y para que sus alimentos y bebidas puedan nutrirle sin degenerarle ni desgastarle?

¿Quién como aquel arte soberano, producto de las ciencias naturales y biológicas, sabría poner condiciones al trabajo humano en el taller, en la fábrica y en la mina, y en la escuela del niño y en el gabinete del sabio? ¿Quién podrá mejor que aquél regular las proporciones del placer y del deleite en el espectáculo público y en la reunión familiar, en el canto y en el baile, en la gimnasia y en la natación, en la caza y en los juegos de agilidad y destreza?

¿Quién como él mismo sabe velar por el enfermo del hospital y el pobre del asilo, y el soldado herido en campaña, aminorando los rigores de su infortunio y atenuando su desgracia?

¿Quién osaría, sin su concurso, oponer su veto al matrimonio cuyos cónyuges pueden engendrar seres raquíticos y endeble, pasto indefectible de las leyes de la herencia morbosa? ¿Quién sabría dictar principios para evitar ó contrarrestar la degeneración de las familias y de las razas? ¿Quién conocería el secreto para levantar diques inquebrantables á la marcha devastadora y luctuosa de las epidemias?

No os extrañéis, pues, señores, que os haya ponderado tanto la influencia de la higiene en el bienestar social de los pueblos.

Y cuenta que la higiene, con haber progresado tanto, no ha llegado aún, ni de lejos, al ideal que en lontananza vislumbran las ciencias médicas.

Porque siendo la vida, como más arriba os he indicado, la lucha del hombre con el medio que le rodea, puede aquélla perfeccionarse y prolongarse cuantos mayores sean los recursos de nuestro ataque

para destruir las causas morbosas, y más sólidas las resistencias que nuestro organismo adquiera para su defensa. Imaginad los medios higiénicos que queráis, todos serán medios destructores de causas, ó recursos de resistencias orgánicas. Y el conocimiento de las causas morbosas, con haber progresado tanto, hasta el punto de constituir esto el orgullo de la medicina en el último tercio del siglo pasado ¡Cuánto nos queda por saber!

Pero no hay que ser ingratos con la ciencia; ella nos ha iniciado ya en los caminos de la verdad respecto al elemento etiológico de las enfermedades y nos ha hecho dar pasos firmes en sus senderos.

Claudio Bernard ha dicho que toda ciencia experimental aspira al conocimiento del determinismo fenomenal; y en este concepto la medicina entró ya hace tiempo en las vías del verdadero progreso.

Si no tropezamos con un obstáculo que encontramos á nuestro paso, es porque nos apartamos de él por el temor á sufrir una caída; ¡y cuántas caídas podríamos evitar si siempre nos apartáramos de todo aquello que en lo moral y en lo físico puede perjudicarnos!

Contra la enfermedad adquirida, la ciencia puede muy poco; contra la causa que la engendra, el arte higiénico lo debe poder todo. Bajo el punto de vista teórico, la enfermedad no debería existir, y por eso las tendencias de la higiene universal consisten en remover y aniquilar las causas patógenas. ¡Ojalá todas nos fueran conocidas! Entonces el triunfo de la higiene sería completo.



Pero existen un sinnúmero de afecciones, las infecciosas y las contagiosas, las que los médicos llamamos pandémicas, algunas de cuyas causas desconocemos por completo, y en otras, en que conocido el elemento morbígeno, ignoramos su manera de obrar sobre el organismo; siendo éstas precisamente las que más víctimas producen y sobre las que la higiene no ha dicho aún su última palabra: ¿como puede destruirse, pues, un enemigo cuyos ejércitos desconocemos, ó cuyas armas y táctica se nos ocultan?

Todas las enfermedades endémicas y epidémicas, las producidas por una causa viva, desde la viruela, sarampión, escarlatina y erisipela, hasta la pneumonia, tifoidea, septicemias puerperales, y de los operados; desde la difteria y la tuberculosis hasta el cólera morbo y la peste bubónica, son debidas á unos agentes patógenos que Sedillot llamó *microbio* y que más modernamente se han apellidado *bacterias*, *squizomicetos* ó *squizofitos*.

Pues aun dentro de estas variedades de la flora morbosa, la ciencia moderna, fundándose en la higiene, en los estudios de la causa viva, lucha unas veces con esos ejércitos invisibles y los vence por los procedimientos de la desinfección, que es la fuerza ofensiva, ó por las condiciones de resistencia que presta el organismo, que es la fuerza defensiva.

Aun hay más: como Jener proporcionó el remedio profiláctico ó preservativo de la viruela, los bacteriólogos modernos persiguen la profilaxia de otros procesos infecciosos....y ¿quién sabe si, como Ferrán alcanzó su disputado triunfo con su vacuna sobre el

cólera morbo, porque soy de los que leal y desinteresadamente pueden atestiguar la verdad de sus estadísticas no aventajadas por otras en la historia de la medicina; quién sabe si la ya sancionada vacuna de Ferrán-Hafftkine contra la peste bubónica podrá ser el principio de una nueva era higiénica que revista de nuevos é inesperados prestigios al arte de preservar las enfermedades que abrillante los esplendores históricos del siglo naciente?

En ese mismo estudio de la causa viva, que tanto preocupa á los modernos higienistas, es donde los bacteriólogos, verdaderos mineros de la ciencia nueva, buscan con afán indescriptible los filones ignorados en la terapéutica infecciosa del porvenir; y esto no destruyendo en el organismo el germen morboso parasitario, sino modificándolo, esclavizándolo, haciéndole servir de remedio heroico á él mismo, que fué potencia invencible de destrucción.

¿No ha reducido Roux en nuestros días á una mortalidad insignificante la terrorífica endemia de la difteria? ¿Por qué no hemos de tener fe en los destinos de la ciencia?

Para la ciencia, ni han existido ni existen misterios; donde ella no ha derramado su luz, sólo existe la ignorancia, y lo que hoy es ignorado puede ser mañana conocido.

Expuesta, señores, pues, la importancia de la higiene en sus orígenes y en su desarrollo, en sus conquistas á través de los siglos y en las esperanzas que puede alentar para el porvenir del individuo y de la especie, queda clara é implícitamente demostrado el valor

social de la misma, por las relaciones que han existido y existirán siempre entre la salud y el bienestar de los pueblos, con el desarrollo de su inteligencia y de su moral, de sus actividades y energías físicas, de la densidad de su población, de la cantidad de su trabajo y de su riqueza, que es, en último término, el producto de todos los factores sociales, la fuerza que tenacea y conmueve y hace oscilar las nacionalidades, el poderoso imán que las atrae en sus luchas por la existencia y en sus cálculos de dominación y de comercio.

Y no se me diga que la higiene es un factor muy secundario en el desarrollo de las sociedades y de los pueblos, porque existen ejemplos de unidades sociales que carecen de los medios exigidos por la ciencia para su progreso, y sin embargo, con sólo la paz y el trabajo se bastan ellas, por las energías de carácter acumuladas á través de generaciones, para vivir bien y dar á la sociedad testimonio espléndido de su existencia. ¡Ah, señores! Los que así discurren son víctimas de un falso espejismo científico; y si no, decidme vosotros mismos, que sois por cierto testimonio de mayor excepción: Si vuestro pueblo, que es, en pequeño, modelo de sobriedad y de trabajo; si vuestra población, que encierra tesoros inagotables de aptitudes y de energía, reuniera las condiciones que la ciencia aconseja y que la higiene impone para el desarrollo y bienestar de las agrupaciones sociales, ¿cómo no figuraría vuestro nombre entre los pueblos más industriales, y tal vez más comerciales de Europa?

Imaginad si vuestra reducida pero hermosa ciu-

dad, en vez de estar circuida por una línea de vertientes montañosas y el cauce sediento del Serpis, que sólo de vez en cuando se atreve á lamer los muros de vuestras casas, estuviera emplazada sobre las márgenes de un río navegable ó á orillas del mar, azotada por los vientos del Atlántico ó acariciada por las brisas del Mediterráneo, que esto es secundario; pensad si vuestra densa población, hacinada en habitaciones poco aireadas, lóbregas y húmedas, pudiera extenderse sobre anchas vías esmaltadas de verdes árboles y bañadas por los ardientes rayos de nuestro sol meridional; si en vez de sus pendientes y angostas calles, que dificultan los desagües, su rasante se desviara poco de la horizontal y la cruzaran tuberías para arrastres y vertederos; y decidme en qué proporciones se agrandaría ella, no teniendo que pagar diezmos y tributos tan intensos á las endemias que constantemente la combaten; discurrid cómo, efecto de estas condiciones, podría aumentar vuestro trabajo, vuestras demandas y vuestra riqueza; y si una administración Central del Estado y local del Municipio hubiese favorecido siempre los medios del premio y del estímulo en el interior; si en vez de ahogar con los tributos y los gravámenes, hubiese facilitado la exportación buscando mercados para el consumo, indicadme señores, á dónde iríais ó hubiéseis ido á parar ya con vuestros ardimientos y perseverancias. ¿Que acaso Bilbao y Barcelona, Marsella y Li6n, son de mejor condici6n que vosotros? No, de ninguna manera; vuestros hijos son de la misma sangre, del mismo hueso y del mismo m6sculo que los hijos de aquellas poblaciones famosas; agitase vues-

tro cerebro con actividades tan intensas como las de aquellos cerebros; almacenáis en vuestra voluntad calorías tan intensas para la producción como puedan poseerlas los pueblos más activos. El mal no está, pues, en vosotros; está en las condiciones del azar natural donde nacisteis y de la falta casi absoluta que habéis tenido de la protección del Estado español, que, dicho sea aquí, en voz baja, entre nosotros, poco ó nada se ha preocupado hasta de ahora de higienizar á los pueblos y de empujarles por las vías del moderno progreso.

Por eso yo os felicito, señores, y os felicitarán conmigo sin reservas, cuantos os conozcan y os consideren, y os vean aplaudir con entusiasmo la apertura de esa nueva arteria de vida, de ese nuevo puente que ha de ponerlos en fácil y cómoda comunicación con extensa y feracísima comarca; y cuando venís también aquí á prestar el concurso de vuestro sincero homenaje á una Institución naciente de higiene, que deberéis al celo incansable de iniciativas profesionales y á la generosa acogida é inteligente apoyo de vuestro generoso Municipio.

Porque... y llega el momento de hacer aplicaciones del escueto desarrollo de mi tema, exiguo ciertamente para hacer sólo indicaciones de los vastos horizontes que encierra, y prolijo por los apremios del tiempo y de vuestras molestias. De cuanto os llevo dicho, señores, se desprende, que la higiene tiene dos aspectos; uno completamente doméstico é individual, que el Estado debe enseñar como una religión y favorecer como una fuente de vida, y por lo tanto de in-

gresos: esta es la higiene llamada *privada*; y otro que es el de la *pública*, porque abraza, como ya habéis oído también, un sinnúmero de problemas de altísimo interés para la vida de los ciudadanos, relacionados con todo lo que á la sanidad de las poblaciones se refiere, y que sólo su acción tutelar puede poner en práctica.

Aterra, señores, la mortalidad de nuestras poblaciones, y muy particularmente de la infancia, con relación á la de otros países más higienizados que el nuestro; y todo esto es debido á su falta de limpieza, á su hacinamiento, á la suciedad de sus calles, á la falta ó imperfección de los desagües, á los aires mefíticos, impregnados en algunas localidades de miasmas pantanosos; á la impureza de las aguas, á la falsificación de los alimentos, á la adulteración de los vinos, á la carencia de policía rural, á la falta casi absoluta de recursos para atender á estas primeras vitalísimas necesidades de la sociedad humana. ¿No es una vergüenza que el año pasado fallecieran 20.000 españoles de viruela, cuando en otros países más higiénicos la cifra de bajas por este concepto sólo se ha elevado á muy pocas unidades ó decenas?

Y es que en España, por una no interrumpida sucesión de hechos que no es pertinente juzgar en este momento, estamos atrasadísimos en todo lo que se relaciona con la ciencia y sus sanos é inmutables principios. Vivimos sólo al día, porque el Estado es pobre y no puede subvenir al desarrollo de elementos de riqueza, que sólo han de conseguirse á fuerza de sacrificios. Ignoran ó aparentan ignorar, por lo tanto, nuestros gobernantes, que nada hay más caro para la

nación que los pueblos insalubres; que el dinero empleado en higienizar las poblaciones es el más productivo; porque la salud en el ciudadano de cualquier país, es un capital que produce; la enfermedad, un gasto que arruina: por eso Rochard ha condensado este pensamiento diciendo que «no hay nada más dispendioso y ruinoso que el despilfarro de la vida».

Y es un despilfarro, y despilfarro inhumano, que el Gobierno no sepa ó no pueda atender á las apremiantes necesidades de la Higiene Pública.

Por eso, á falta de esa acción bienhechora del Gobierno central de la nación, los municipios que se precien de administrar bien los intereses de sus conciudadanos, deben, hasta donde les sea posible, subvenir á las deficiencias del Estado y atender á estas apremiantes necesidades de la vida de la población.

Ved, pues, ahora con cuánta razón hace un momento aplaudía yo valiosas é inteligentes iniciativas profesionales y el caluroso apoyo prestado por vuestro Municipio á la humanitaria y preciosa idea de la fundación en esta ciudad de este *Instituto Municipal de Higiene*.

Ahora bien. ¿Sabéis cuál es la misión de estos Institutos y la de los que están al frente de ellos? Pues se reduce simplemente á velar por la salud de sus conciudadanos, á ser baluarte inexpugnable de defensa contra el dolor y la enfermedad.

Bajo la modesta apariencia de su fábrica y de sus infatigables obreros, Institutos como el vuestro encierran elementos preciosísimos de vida y de riqueza para los pueblos que lo poseen; allí la ciencia acu-

muló el producto de sus conquistas, alcanzadas á través de los siglos por el incesante estudio de los sabios de todos los países; allí la física y la química, la histología y la bacteriología rivalizan en la satisfacción de evitar un peligro á la salud del individuo ó de la población, ó de arrancar un secreto á la enfermedad para conocerla y dominarla, si es posible.

Y el reactivo químico investigando la composición del agua y la falsificación de substancias y alimentos necesarios para la vida, y el microscopio analizando el producto morboso para fijar el diagnóstico de una dolencia, y el tubo de ensayo fijando las condiciones de una excreción normal ó patológica, y el cultivo de bacterias descubriendo la flora de un sinnúmero de causas de enfermedad, y la estufa desinfectando enseres y utensilios para evitar contagios, y la vacuna Jeneriana oponiéndose á la invasión de la viruela, y el suero de animales inmunizados destruyendo asoladoras endemias y epidemias; y como complemento de funciones tan sagradas, la estadística demográfica proporcionando preciosos datos para la información del peligro y del daño en la salud de la población, y para la obtención de remedios proporcionados á la intensidad de la amenaza ó del mal público, ¿puede darse misión social más elevada que la que pueden ejercer *Institutos Municipales de Higiene*, tan bien atendidos y tan bien manejados como ha de serlo indudablemente el vuestro?

He llegado, señores, al término de mi trabajo. Pobre y desaliñado como todas mis producciones, ha sido ingenuo y entusiasta como habréis podido obser-



var; ingenuo, porque he expuesto la verdad desnuda, sin reticencias ni ocultaciones, cual cumple á un sacerdote de las ciencias médicas, tan sociales y tan humanitarias como poco estimadas por las gentes; entusiasta, porque aun tengo fe en los destinos de nuestra nación, y cuando me veo en frente de pueblos que saben acariciar ideales tan fecundos como los vuestros, y que saben redimirse por virtud del trabajo intenso y perseverante, paréceme que nueva mágica y vivificante sabia, torne á circular por las exangües arterias de la patria.

Basta ya, señores.

Dos palabras para despedirme de vosotros. Una de ellas al infatigable iniciador de este Instituto, mi querido compañero y antiguo aventajadísimo discípulo Dr. Espinós; á los ilustrados comprofesores del cuerpo médico de esta ciudad que han cooperado á su desarrollo; al Excelentísimo Municipio, y muy principalmente á su dignísimo Presidente, que por manera tan generosa llevó á término empresa tan laudable y digna de imitar; á todos, la expresión de mi más profundo reconocimiento por la distinción con que me honrásteis para llevar la voz en este acto solemnísimos, del que guardaré eterno recuerdo.

Otra, dirigida al público que ha tenido la benevolencia de escucharme, y principalmente á las señoras.

En todas las épocas del mundo y en todos los lugares de la tierra, ha sido la mujer compañera más ó menos dignificada, pero siempre inseparable, del hombre en el hogar, inspiradora de las sublimes creaciones del

genio ó agitadora de la pasión que engendró en la historia casi todas las catástrofes humanas.

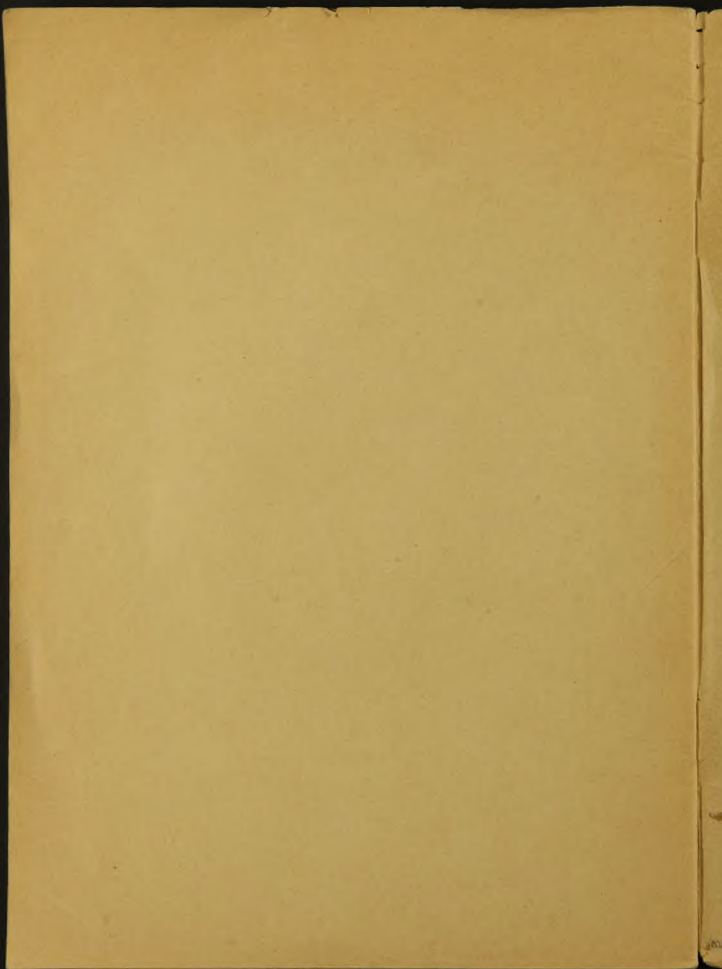
Cuando las ideas de todas las civilizaciones pudieron fermentar en sus sentimientos, las mujeres, árbitras de los destinos de los pueblos, empujaronlos á su grandeza ó á su ruína; por eso los dioses del paganismo no rodaron hechos polvo de sus altares hasta que el corazón de la mujer se impregnó de las purezas inmaculadas del Cristianismo. Y es que la mujer tiene su cerebro moldeado para las grandes intuiciones, forjado el corazón para las más hermosas esperanzas, creado su espíritu para todas las sublimidades del sentimiento.

Yo aprovecho, señoras, este momento para aseguráros que la higiene, con todos sus encantos y todas sus realidades, no será un hecho en España, como en otros países, hasta que la mujer la imponga con sus hábitos, y la prodigue con su ejemplo y la propague de generación en generación, instilándola en la conciencia de sus hijos al verter sobre sus frescos labios el tibio néctar de sus pechos.

Por eso, al veros aquí reunidas, formando pléyade encantadora de virtudes, de bellezas y de elegancias, sería para mí el mejor recuerdo de esta jornada, la más íntima y perdurable satisfacción de mi vida, poderme llevar el convencimiento de que algo, sólo algo de cuanto os he revelado en esta noche, había conmovido las fibras de vuestro corazón, grabándose en vuestra alma con caracteres indelebles.

HE DICHO.







232